

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Alicia Mayer

“William H. Prescott”

p. 445-468

*Historiografía mexicana. Volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional*

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)  
Virginia Guedea (coordinación del volumen III)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1997

470 p.

ISBN 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN 968-36-4994-7 (volumen III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317\\_03/historiografia\\_mexicana.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_03/historiografia_mexicana.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## UN LUGAR EN LA HISTORIOGRAFÍA UNIVERSAL





## WILLIAM H. PRESCOTT

ALICIA MAYER\*

### *La importancia de Prescott en la historiografía mexicana*

El fin de esta colección es recopilar y revisar la producción historiográfica en nuestro país, por lo que presenta una selección de textos y de autores que por su originalidad o mérito merecen ser asumidos en la conciencia nacional como parte importante de nuestro pasado. Por ello, y a pesar de que tan sólo en México existen varios y valiosos ejemplos, consideramos necesario incluir a un estadounidense dentro de esta síntesis documental. *La Historia de la Conquista de México* de William Prescott es una obra clásica, y con ella él estampó para siempre su nombre en los anales de la historiografía mexicana.<sup>1</sup>

William H. Prescott nació en Salem, Massachusetts, el 4 de mayo de 1796, en el seno de una familia acomodada, donde el padre era abogado y la madre una dedicada esposa, además de una asidua lectora. En 1808 la familia estableció residencia en Boston y el joven William ingresó a la Universidad de Harvard, donde un accidente mermó su vista del ojo izquierdo, la que llegó a perder definitivamente. Con grandes esfuerzos se graduó de historiador en 1814, el mismo año en que emprendió un viaje al Viejo Mundo para consultar a eminentes médicos y especialistas. En opinión de C. Harvey Gardiner, uno de los principales

\* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

<sup>1</sup> Existen varios especialistas dedicados a la vida y la obra de Prescott tanto en los Estados Unidos como en nuestro país. Para ello doy al lector las referencias que consulté más asiduamente. De C. Harvey Gardiner, "prefacio" de *History of the Conquest of Mexico*, Chicago, The University of Chicago Press, 1966, y *The Literary Memoranda of W. H. Prescott*, 2 v., Norman, University of Oklahoma Press, 1961. De David Levin, *History as Romantic Art: Bancroft, Prescott, Motley and Parkman*, Stanford, California, 1959. De Harry T. Peck, *William H. Prescott*, New York-London, MacMillan Co., 1905. Y, en México, de Juan A. Ortega y Medina, "prólogo, notas y apéndices" de *Historia de la Conquista de México*, México, Porrúa, 1970. En esta introducción se encuentra, además de una interpretación muy completa en la que se valora la importancia de la obra de Prescott para los estudios de la Conquista, una recopilación bibliográfica exhaustiva.

biógrafos del historiador, su visita a Europa se convirtió en el punto de partida de su curiosidad intelectual.<sup>2</sup>

Prescott se formó en los lineamientos de la Ilustración, pero posteriores lecturas, estudios, experiencias en el extranjero y el contacto con otros intelectuales lo orientaron al romanticismo. Admiró a Walter Scott, por quien se vio fuertemente influido, y también podríamos rastrear en su obra ideas derivadas de Chateaubriand, de Benjamin Constant y de otros grandes pensadores de la época. En 1820, Prescott contrajo matrimonio con Susan Amory; ese mismo año lo encontramos estudiando lenguas extranjeras y reforzando sus conocimientos de latín y griego. Escribe artículos para la *North American Review* y entabla honda amistad con George Ticknor, joven aristócrata de Boston y profesor de Harvard, muy aficionado por las cosas de España. Esta alianza fraternal e intelectual fue fundamental en su vida. Hacia 1837 aparece su primer libro sobre tema hispánico: *Historia del reinado de Dn. Fernando y Dna Isabel* (3 v.), que le trajo gran fama internacional. Este interés por la cultura ibérica no lo abandonó jamás.

En 1839 Prescott esboza su proyecto para la historia de la conquista de México, una “épica en prosa” como él le llamó en sus cartas a la saga española. Más tarde, aseguró que era “sin duda el tema más poético que estuvo jamás al alcance de la pluma de un historiador”.<sup>3</sup> Prescott le dedicó cinco años a su epopeya, que apareció en octubre de 1843. Para 1847 había completado su tercer trabajo, la *Historia de la conquista de Perú*. Su salud declinó por los problemas de la vista y otras afecciones, además de la depresión que le sobrevino a raíz de la muerte de su padre, quien era también su entrañable amigo. La década siguiente, Prescott se dedica a su nuevo libro, también de tema hispánico, *Felipe II*, pero la muerte le sobreviene, el 28 de enero de 1859, antes de completarlo en su totalidad.

De la vasta producción del historiador bostoniano<sup>4</sup> nos interesa analizar la obra que trascendió en nuestro país: *Historia de la Conquista de México*. Para comprender el valor de la misma debe considerarse el siglo en el que fue escrita, así como la nacionalidad, la experiencia vital y la formación intelectual de Prescott, a lo que también podemos añadir la religión y las circunstancias vitales del escritor.

<sup>2</sup> Véase el citado prefacio de C. H. Gardiner en *History of the Conquest...*, donde da una síntesis de la biografía de Prescott. También Samuel E. Morison escribió una biografía con motivo del homenaje a Prescott, que tituló *William H. Prescott. 1796-1859*, Cambridge, Massachusetts Historical Society, 1958.

<sup>3</sup> C. H. Gardiner, *Literary Memoranda*, v. II, p. 32-33.

<sup>4</sup> Prescott nació, como apuntamos, en Salem, pero su vida y formación intelectual transcurrieron en Boston.

Quizá el lector de nuestro tiempo considere que existen algunos errores de interpretación en el trabajo del norteamericano. Este libro, como toda obra histórica, refleja juicios personales que son producto de una particular visión del mundo que, a su vez, se origina en una época determinada, y que ahora pueden resultarnos anacrónicos o falsos. Por ejemplo, encontramos que el bostoniano maneja una visión de superioridad hispánica y trata las pugnas personales y nacionales desde un punto de vista maniqueo, propio de la escuela romántica. Recurre también a las analogías y cae en determinismos geográficos y raciales que traslucen su formación ilustrada. Asimismo observamos una incapacidad de su parte para valorar el mundo indígena a la par del europeo. Empero, son más los elementos que hacen a la *Historia de la Conquista de México* un libro muy recomendable. En él se maneja una enorme cantidad de fuentes con el afán de abarcar todo lo que se escribió sobre el tema; se utiliza una metodología científica, ordenada y rigurosa, pero en la narración no se sacrifica el encanto de la interpretación subjetiva y personal sobre el hecho y los personajes del drama. Además, la lectura es ágil y mantiene siempre el interés del lector; por momentos parece difícil distinguir las fronteras entra la historia y la novela. El libro cuenta con un desarrollo lógico que conduce a un clímax espectacular y tiene una conclusión que reúne dialécticamente los elementos más disímbolos. Es importante resaltar que, sobre todo, es éste el sincero y desinteresado esfuerzo de un académico estadounidense del siglo pasado por comprender, en vez de condenar, un hecho histórico que, entre nuestros propios colegas mexicanos, aún causa acaloradas polémicas. Prescott supo desprenderse de su orgullo patriótico nacionalista para buscar, más allá de las fronteras, elementos importantes de la historia de países distintos al suyo y descubrir en ellos su propio y original valor. Además, Prescott se muestra como un gran crítico de fuentes tanto mexicanas como extranjeras. Hace una extraordinaria recopilación que es de enorme utilidad para el estudioso de nuestro tiempo, y emite su juicio como historiógrafo sobre esa síntesis documental que logró reunir. Por estas razones la lectura es una tarea obligada para quienes incursionan en el desarrollo histórico de este hecho trascendente que fue la Conquista.

Naturalmente Prescott tiene un lugar muy especial en los Estados Unidos. Fue el primer historiador de esta nacionalidad en adquirir fama internacional y, según apunta el ya citado Gardiner, es también el autor estadounidense más traducido y publicado. Con gran orgullo lo define como “el más grande historiador del mundo hispánico producido por el mundo anglosajón”. Otro biógrafo del bostoniano, Harry T. Peck, afirma

que ese trabajo es una obra maestra y uno de los mejores ejemplos de historia y literatura de la lengua inglesa.<sup>5</sup>

La vida del insigne escritor transcurre en un contexto marcado por cambios trascendentes en los Estados Unidos. Es la era de la formulación de principios políticos para reglamentar el orden interno y el internacional. Se enuncia la Doctrina Monroe y se da la aplicación práctica de las viejas teorías del Destino Manifiesto, cuyas bases religiosas existían ya desde el siglo XVII en Norteamérica. Los Estados Unidos habían adquirido la Louisiana por compra (1803); se perfilaba el empuje incesante hacia el oeste con la consiguiente ocupación de tierras y el desplazamiento de las tribus indígenas. El joven aristócrata de apenas 16 años presencia, en 1812, la guerra contra Inglaterra. Para 1819, la Florida era cedida por España y la política giraba en torno de la era de Jackson, que se traduce como una etapa de agresivo expansionismo. En vida de Prescott se llevaría a cabo la incorporación de Texas como nuevo estado de los Estados Unidos y la guerra contra México (1846). Se viviría un clima de tensión entre los estados del norte y del sur y se ventilarían tesis esclavistas y antiesclavistas. En este ambiente transcurre la existencia del historiador bostoniano que refleja su sentir y su pensar no sólo en su obra sino en su vasta correspondencia.

Pero el centro de nuestro interés es ahora la relación de Prescott con México. En nuestro país se hicieron, en 1844, dos ediciones simultáneas de la *Historia de la Conquista*, a raíz de las traducciones al español de Navarro y de González de la Vega.<sup>6</sup> El público lector, especialista y profano, alabó la labor académica del historiador extranjero, cuyo mensaje cobró un sentido especial entre los mexicanos.

Por las crecientes influencias externas y las necesidades internas, se requerían producciones que no fueran estrictamente regionalistas y que respondieran a las exigencias de un país joven que buscaba fincar los cimientos de una identidad nacional propia. A principios y mediados del siglo XIX, los temas habían gravitado en torno de la Independencia, y no era para menos tratándose de un hecho que había revolucionado por completo el estado de cosas en México. En las décadas siguientes a la consumación del movimiento se percibe un acusado rasgo naciona-

<sup>5</sup> C. H. Gardiner, "prefacio", *op. cit.*, p. XXV, y H. T. Peck, *op. cit.*, p. 133.

<sup>6</sup> Las dos ediciones mexicanas son: *Historia de la Conquista de México, con una ojeada preliminar sobre la antigua civilización de los mexicanos, y con la vida de su conquistador Fernando Cortés, escrita en inglés por...*, 3 v., trad. de Joaquín Navarro, México, Ignacio Cumplido Editores, 1844, y la *Historia de la Conquista de México*, trad. por José María González de la Vega, con notas de Lucas Alamán y José F. Ramírez, prólogo, notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1970 (la primera edición también es de 1844). Consulté la citada aquí.

lista en la historiografía mexicana; sobre todo, se dan reflexiones que traslucen la realidad política del momento, caracterizada por la pugna entre liberales y conservadores.

La obra de Prescott es un parteaguas en el desarrollo de nuestra historiografía. Se trata de un libro que rebasa los límites cronológicos del siglo XIX y se remonta a un periodo doloroso para los mexicanos de la era independiente: la Conquista. Con su estudio, tocó fibras muy sensibles del nacionalismo mexicano, pues los liberales se habían empeñado en renegar del pasado español y condenar los 300 años de dominio político y cultural sobre su país. Habían preferido evadir la realidad y buscar en un pasado indígena idealizado las raíces exclusivas de la historia nacional. Los conservadores, por el contrario, advertían sobre el peligro que implicaba negar la herencia hispánica, elemento imprescindible de nuestro ser histórico. La visión de Prescott sobre la Conquista despertó la admiración y el interés de destacados escritores e intelectuales, pero sobre todo del grupo conservador, como fue el caso de Lucas Alamán.

Por otra parte, se trataba de un escritor extranjero cuya atención se alejaba de las exigencias de la historia estadounidense. La *Historia de la Conquista de México* refleja una parte de la conciencia anglosajona hacia nuestro país, y demuestra el gran interés que existía en el extranjero hacia México, no sólo desde el punto de vista arqueológico (Stephens), sino histórico, estadístico y geográfico. Sin duda, la obra del bostoniano alentó aun más esta curiosidad. Los trabajos de Humboldt indudablemente sirvieron de inspiración a Prescott y fueron el punto de partida para la obra española e hispanoamericana del historiador estadounidense, pero se debe aquilatar la propia contribución de Prescott, quien a su vez transmitió una imagen del México decimonónico en el extranjero.

Prescott no viajó a México; además padecía de la vista; pero aun así se aventuró a describir el paisaje y las costumbres de nuestro país como lo hubiera hecho un avezado viajero de aquel tiempo. Esto es motivo de exaltación más que de censura, pues, casi ciego, mostró una gran sensibilidad para “ver” en su imaginación lo que las lecturas describían.<sup>7</sup> Esta habilidad llamó la atención de importantes mexicanos como José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra, quienes se interesaron también en la metodología del estadounidense, fundamentada en la objetividad, en la imparcialidad y

<sup>7</sup> Van W. Brooks exalta esta cualidad que sólo un buen escritor romántico podía llevar a cabo con tanta maestría. Véase *The Flowering of New England*, New York, The Modern Library, 1936. Sin duda, la mayor influencia que recibió Prescott al tratar sobre la naturaleza y el paisaje mexicanos viene de Humboldt.

en el análisis minucioso de las fuentes originales. La obra de Prescott fue muy utilizada por los autores que elaboraron el *México a través de los siglos*, gran obra de síntesis al igual que un magno esfuerzo de interpretación histórica que llevaron a cabo destacados historiadores del siglo pasado.

Aquí no terminó el influjo de la obra de Prescott. Basta mencionar a Manuel Larrainzar, Alfredo Chavero, Justo Sierra, Genaro García y Carlos Pereyra, ya en nuestro siglo. No es casualidad que un historiador de nuestro tiempo le llamara a México “el país más prescottizado de Iberoamérica”.<sup>8</sup> Una vez vista la gran trascendencia de William Prescott en nuestra historiografía, pasamos a analizar los temas contenidos en la *Historia de la Conquista de México* que dan aportes significativos para quienes se dedican a este quehacer intelectual en México.

### *El mundo indígena*

Prescott consideró necesario hacer un estudio detallado del mundo indígena anterior a la Conquista para entender el proceso de construcción de la nación mexicana. En seis capítulos completa su interpretación del México antiguo. Primero describe las costumbres políticas, los estamentos sociales, el sistema judicial e instituciones militares de los pueblos del Anáhuac. Define al gobierno nahua como una monarquía casi absoluta, que traslucía una curiosa mezcla de despotismo y de elección. El rey parecía tener la última palabra, pero a su lado valía la opinión de cuatro nobles, quienes fungían también como electores. “Esta forma —opina Prescott—, aunque defectuosa, prueba una política más refinada y previsoras de lo que podía esperarse en una nación bárbara.”<sup>9</sup>

Prescott trasluce, sin duda, parte de su formación ilustrada al dividir a las sociedades en dos grandes grupos: civilizadas y salvajes. Asimismo, recurre al sistema dieciochesco de interpretación histórica al auxiliarse demasiado con el método analógico para estudiar a las culturas antiguas. Con frecuencia compara a los mexicanos con los egipcios, sobre todo en lo tocante a las artes mecánicas y arquitectónicas; los reinos del Anáhuac son similares a los despotismos orientales y Tetzoco es “la Atenas del mundo occidental”. La Conquista es referida como la lucha de dorios y jonios, mientras que Nezahualcóyotl es el “Dragón del Nuevo Mundo” y su hijo tenía la austera virtud de un antiguo

<sup>8</sup> J. A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. XII.

<sup>9</sup> W. H. Prescott, *Historia de la Conquista...*, p. 18.

romano. El historiador estadounidense no puede menos que medir sus simpatías hacia el mundo indígena a partir del acercamiento o alejamiento de éste a las instituciones y costumbres del mundo occidental. Los tetzcoanos despiertan su admiración por su sistema judicial, que para él se asemejaba a un régimen parlamentario, haciéndolo así “más perfecto”. En la escala de valores de Prescott, los pueblos que habitaban el centro estaban “suficientemente civilizados” para lograr una adecuada legislación, aunque no llegaban en su opinión, al avance de las sociedades modernas y, añadimos también, nórdicas y protestantes.

De nuevo remitiéndonos al modelo ilustrado de interpretación que maneja Prescott, encontramos la creencia de que existían grados o niveles de civilización, aun entre los mismos indios. Afirma que los habitantes del Anáhuac fueron inferiores a los del mundo inca, pero superiores “en inteligencia” y en grado de civilización a las razas de Norteamérica. Para él, estas últimas eran hordas ignorantes incapaces de plasmar algo inteligible para reflejar su pensamiento y sus acciones, además de que descuidaban sus cultivos y llevaban a cabo guerras crueles y sanguinarias. Este juicio es fundamental para entender por qué Prescott justifica plenamente la aniquilación de los pieles rojas. En el septentrión del continente, los indios se mostraron incapaces de absorber los elementos culturales traídos por los blancos. Mientras los europeos avanzaban por el sendero de la civilización —vista naturalmente tras la lente particular de Prescott— los nativos se retraían a los bosques. Eso no sucedió en México y Perú, donde, una vez consumada la conquista, por muy cruel y violenta que haya sido, finalmente triunfó la marcha civilizadora, y los indios fueron incorporados a ella.

Era relativamente fácil para Prescott absolver a los naturales del Anáhuac y condenar a los de América del Norte, pues para el bostoniano contaban los resultados, traducidos en éxito material. Mas en el estudio de los habitantes de Mesoamérica se topó con serias dificultades interpretativas. Dentro del Altiplano era menester analizar y juzgar a los diversos grupos que mostraban diferencias sustanciales en su nivel de desarrollo. Había un enorme mosaico de pueblos y, aunque para Prescott todos eran “semi-civilizados”, imperfectamente civilizados o bárbaros, aun así existían niveles o grados de avance dignos de consideración. La edad de oro fue para él la época tolteca, por los adelantos mecánicos, arquitectónicos y en artes sociales, pero quedaron intelectualmente hablando atrás de los tetzcoanos, cuya lengua era más refinada, y su numeración, su calendario, sus cómputos astronómicos emulaban a las naciones más ilustradas de la cristiandad. Para Prescott, la monarquía tetzcocana fue superior a cualquier otra de su tiempo y en materia de gobierno, en la legislación y en doctrinas de naturaleza religiosa, así

como en poesía, elocuencia y en gusto aventajó a los demás. Para el frugal estadounidense, el fausto azteca era semejante al asiático, mientras que el tetzcocano era exquisito y refinado. Esta grandeza la atribuye al rey Nezahualcóyotl y a su hijo, “cuya ilustrada política obró la más saludable revolución en el estado del país”.<sup>10</sup>

El bostoniano encuentra un gran contraste entre Nezahualcóyotl y Moctezuma, el rey azteca. Al austero puritano le molesta la arrogante personalidad del segundo y la pompa de su corte. Lo considera un hombre supersticioso e intolerable y lo culpa del derrumbe de su imperio. Con su descripción logra despertar un sentimiento de lástima aunado al de desprecio por el monarca. El error imperdonable que Prescott le imputa fue haberle otorgado demasiados privilegios a la clase sacerdotal, cuyo encumbramiento en una sociedad es para el estadounidense no sólo un obstáculo para el progreso sino también un claro signo de decadencia. Así lo comunica el propio autor:

La influencia del sacerdocio debe ser mayor en un estado imperfecto de civilización, en el que todos los conocimientos científicos se encierran en aquella corporación, y esto sucede particularmente cuando tales conocimientos son de la clase espúrea que se ocupa menos de los verdaderos fenómenos de la naturaleza que de las fantásticas quimeras de la superstición humana.<sup>11</sup>

Prescott llama al mandatario azteca un ser irresoluto, e incluso cobarde, y lo tacha de afeminado. Todo ello ocasionó que el segundo Moctezuma descuidara las funciones militares y gubernamentales. El desafecto general que provocó la opresión del gran antihéroe de la epopeya de Prescott preparó el camino para la conquista española. “La religión —concluye— fue la causa principal de sus desgracias.”

Para el historiador, el mundo azteca era fundamentalmente una sociedad de guerreros y de sacerdotes. Mientras que en las instituciones civiles Prescott notaba grandes adelantos —visto esto, insistimos, según el punto de vista occidental y anglosajón—, las religiosas presentaban un claro contraste pues habían derivado hacia el fanatismo. Los mexicas llevaban a cabo ritos sangrientos, incomprensibles para Prescott, quien además consideraba las ceremonias como “supersticiosas y tenebrosas”. La religión azteca se encontraba en la fase más primitiva de desarrollo

<sup>10</sup> Prescott hace un interesante estudio sobre su ideal de gobernante y lo interesante es que pone a Nezahualcóyotl como modelo. Véase la *Historia de la Conquista...*, p. 92-96.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 36.

por el que pasaban, en opinión de él, todos los pueblos de la tierra, es decir, estaba subsumida en la mitología.<sup>12</sup>

La mentalidad de Prescott chocaba con los elementos supuestamente irreconciliables del sistema de creencias de los aztecas. Observaba que la religión inculcaba, por una parte, lecciones de la más pura filantropía y, por otra, la exterminación más despiadada, refiriéndose, naturalmente, a los sacrificios humanos. Esto último era el aspecto que a él le parecía el más irracional, cruel y nefando de todos. “Pero aún falta referir la parte más abominable de la historia —señala el bostoniano—, a saber, el destino que se daba al cuerpo del prisionero sacrificado. Se entregaba al guerrero que lo había aprehendido en el combate, quien después de aderezarlo lo servía en un banquete a sus amigos.” En conclusión el autor asevera que, a pesar de conocer otras naciones que han practicado los sacrificios, “ninguna de ellas [los lleva a cabo] en una escala comparable con los del Anáhuac.”<sup>13</sup>

Como los sacrificios se relacionaban con el dios Huitzilopochtli, deidad principal del panteón mexica, es lógico suponer que Prescott conduciría todos sus ataques contra este “sanguinario monstruo”. Asimismo, como el culto era dirigido por la clase sacerdotal, el historiador orienta todo el rigor de su crítica a este grupo y, en vez de admirar la austera severidad de su vida y considerar como una virtud la disciplina a la que se sometían los ascetas indígenas, condena estas costumbres como fanáticas e “inútiles formas de vida”.

La circunstancia vital y la formación de Prescott le impidieron, naturalmente, entender que, en el caso de los sacrificios humanos, más que de canibalismo se trataba de antropofagia ritual donde la muerte significaba, a la vez, vida, y los dioses demandaban sangre de las víctimas, cuya muerte haría que continuara el movimiento solar y se renovara la existencia del mundo. Lo que sorprende es que el historiador estadounidense, en su afán por recurrir a las analogías, no supo diferenciar ciertos caracteres privativos del mundo indígena, a los que frecuente cuanto equivocadamente igualó con modelos europeos. Por ejemplo, comparó el régimen de vida sacerdotal de los aztecas con el de los monasterios y con la disciplina conventual de los frailes del Viejo Mundo. Asimismo, las instituciones ceremoniales mexicas fueron equiparadas con la historia de la Iglesia romana en los primeros tiempos de la Inquisición. Prescott sólo tuvo ojos para ver que tanto el Santo Oficio

<sup>12</sup> Las fases que él consideraba que existían en la historia de las sociedades eran: mitológica, poética, filosófica y científica, con lo cual no se alejaba mucho Prescott de los conceptos del positivismo.

<sup>13</sup> W. H. Prescott, *op. cit.*, p. 41-42.

como los aztecas destruían vidas humanas con una muerte penosa y retardaban la marcha de la civilización, cerrando el camino a la libertad de pensamiento y de expresión. Para Prescott, sólo el “canibalismo” de los mexicas superaba la ignominia de la Inquisición, además de que era el principal impedimento para que la nación alcanzara grandes progresos morales e intelectuales. Para el liberal y protestante estadounidense, el fanatismo era uno y único, y por ello era reprochable sin importar qué pueblo lo practicara. Precisamente este juicio apriorístico le impidió apreciar particularidades de la religión de los antiguos mexicanos y le imposibilitó comprender que ésta iba más allá de ser un “espantoso ritual”. La peor parte de esta confusión en la que incurrió el bienintencionado Prescott cuando quiso equiparar culturas diferentes en tiempos y espacios distintos la llevaron los dominicos. A éstos, que nada tenían que ver con los súbditos del imperio de Moctezuma, él los compara con los caballeros águila y tigre que se hacían notar “por su horrible aspecto y frenéticos gestos”.

Como estadounidense, como anglosajón, como protestante y además acostumbrado a ver la historia lineal de su país, donde todo parecía ser una recta hacia el progreso, orientado a hacer triunfar los intereses nacionales,<sup>14</sup> le costaba mucho a Prescott comprender a una sociedad de tantos contrastes como la azteca. Observó que su esencia era “enteramente original y únic[a] en su clase: se formaba de incongruencias al parecer incompatibles, mezclaba en una los rasgos notables de naciones diferentes, no sólo del mismo grado de civilización, sino tan distante una de la otra como los extremos de la barbarie y de una refinada cultura”.<sup>15</sup>

Prescott tampoco pudo apreciar el arte y la música de los pueblos prehispánicos debido también a su concepción estética de raíz occidental. La pintura azteca fue para él un conjunto de grotescas caricaturas

<sup>14</sup> La admiración de Prescott por su país es evidente y sin duda se equivocan quienes lo han acusado de desviar su atención de los problemas internos de su país. Aun en sus obras hispanoamericanas y españolas está presente algún elogio o reminiscencia vinculados con los Estados Unidos. En la *Historia de la conquista de Perú* hay un ejemplo: “No es fácil comprender el genio y el aporte global de instituciones tan opuestas a las de nuestra república libre, donde cualquier hombre, no importa qué tan humilde sea su condición, puede aspirar a los más altos honores del estado, puede elegir su propia carrera, y labrar su propio destino a su manera; donde la luz del conocimiento, en vez de concentrarse en unos cuantos elegidos, se esparce por doquier como la luz del día, e igualmente es susceptible de caer en el rico y en el pobre, donde la colisión de hombre y hombre despierta una emulación generosa que llama al talento latente e impulsa las energías a lo más alto; donde la conciencia de la independencia produce un sentimiento de auto-confianza desconocido por los tímidos súbditos del despotismo; donde en suma, el gobierno está hecho para los hombres.” (Traducción mía.) New York, Random House, s/f.

<sup>15</sup> W. H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, p. 76.

humanas, “monstruosas y desmesuradas cabezas sobre pequeños y deformes cuerpos, de difíciles y angulares contornos, sin la mayor habilidad en su composición”. Sin embargo, él pudo aceptar que la escritura, íntimamente relacionada con las artes pictóricas, era representativa o figurada, y por lo mismo sus símbolos intentaban, más que el dibujo fiel de la naturaleza, la representación de una idea. Para Prescott la ejecución de los aztecas fue inferior a la maestría egipcia. Sin embargo, en un esfuerzo por comprender al pueblo estudiado, afirma que estas actividades del espíritu parecen haber sido adecuadas a las exigencias de la nación “en su estado imperfecto de cultura... y deben apreciarse según el tiempo en que fueron realizadas”. La música, por otro lado, sí le resulta desagradable y “barbárica”, lo mismo que la percepción visual de los ídolos, en la que no encuentra goce alguno y, pese al esfuerzo que hace por entender su simbología, le acaban pareciendo de mal gusto y alejados de su entendimiento.

Es de notarse en Prescott cómo, por un lado, condena intelectual y estéticamente los modelos indígenas que no cuadran con su visión occidental del mundo y, por otro, parece mostrar profunda admiración por el legado cultural mesoamericano. Prescott valoró negativamente las fórmulas artísticas de los mexicanos, pero esto no le impidió criticar con energía la destrucción de los monolitos y códices llevada a cabo por los religiosos y por los soldados españoles. Había relatos extraordinarios en las crónicas que azoraban a cualquier estudioso, sin importar su nacionalidad. Después de todo, ¿cómo podía negar el sabio bostoniano la grandeza de México Tenochtitlan? Prescott mismo le llamó a la urbe azteca “la Venecia del mundo occidental”, siguiendo a Humboldt, y no ignoró los progresos hidráulicos y urbanísticos llevados a cabo en la gran ciudad. Antes bien expresa el gran asombro que le causa la proeza que llevaron a cabo los mexicanos al construir aquellos magníficos edificios sin haber conocido las técnicas que facilitarían la empresa. Exalta “la dificultad de tajar tan estupendas masas en un duro lecho de basalto sin la ayuda de instrumentos de hierro, y transportarlas a tal distancia por tierra y agua sin el auxilio de animales de carga”. Esto, continúa, “despierta un sentimiento de admiración por el talento mecánico y emprendedor del pueblo que lo verifiqué”.<sup>16</sup> En suma, Prescott no pasó por alto los grandes avances, pero para él existía el obstáculo religioso, que pesaba más que los logros seculares, pues “aquella sangrienta mitología comunicaba su horrible y marchitante infección al mismo aire que respiraban”. El interés de Prescott por los monumentos y códices, considerados en el siglo XIX como antigüedades que desper-

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 277.

taban ya la atención de sus contemporáneos en todo el mundo, se da en el estadounidense, más que por un fin de comprensión histórica, por un afán meramente arqueológico.<sup>17</sup> “La arquitectura —nota Prescott— es hasta cierto punto un deleite de los sentidos. Atrae la vista y ofrece el mejor objeto para la ostentación de esplendor y pompa barbárica; es la forma en que las rentas de un pueblo medio civilizado pueden prodigarse mejor.”<sup>18</sup>

El Prescott arqueólogo fue diferente del historiador: mucho más benigno y comprensivo ante el mundo indígena. Cuando describe las ciudades como Cholula o México, se explaya con la libertad del escritor romántico. Pinta un cuadro detallado y lleno de colorido en el que minuciosamente refiere la disposición de los edificios, calles, avenidas, acequias, mercados y templos. Transporta al lector a ese mundo que con tanta agilidad recrea primero en su mente y luego en los párrafos de su obra. También considera importante dar los pormenores de los vestuarios, los adornos y la apariencia física de aquellas gentes. Al final de su detallada pintura costumbrista y artística exclama: “¡Qué multitud de pensamientos deben agolparse en la mente del viajero al visitar estos monumentos venerables del pasado, y al pisar las cenizas de las generaciones que erigieron estas colosales construcciones, que nos llevan de lo presente a lo más oscuro de los tiempos!” Empero, dos cosas deben mencionarse aquí. Primero, Prescott admiró al indio civilizado que hizo maravillas en el pasado, mas esta imagen se convirtió en el ideal del indio, que surgió de la concepción romántica del autor, y del cúmulo de lecturas que hizo de diferentes viajeros, pero que estaba muy alejada del ser de carne y hueso que sobrevivió al contacto europeo. Prescott valoró negativamente al indio real, al que describió con adjetivos muy duros. Basta ver este ejemplo:

Los que conocen familiarmente a los actuales mexicanos, no podrán concebir cómo su nación fue alguna vez capaz de idear la ilustrada constitución política que hemos considerado. Pero deben recordar que en los mexicanos de nuestros días, sólo ven una raza conquistada tan diferente de los que le precedieron; corre en sus venas la misma sangre que circulaba en la de aquéllos; pero el yugo de la tiranía ha pesado sobre él siglos enteros: pertenece a una raza conquistada... tiene una sensibilidad peculiar en su naturaleza. Huye por instinto del duro contacto de una mano extranjera, aun cuando la influencia de ésta viene bajo la forma de

<sup>17</sup> J. A. Ortega y Medina tiene un apartado muy interesante que él llama “monroísmo arqueológico”, el cual hace alusión al interés estadounidense por posesionarse culturalmente de las raíces autóctonas de Hispanoamérica, “Prólogo...”, *op. cit.*, p. XXXI.

<sup>18</sup> W. H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, p. 82.

la civilización, parece que se abate y desfallece con su peso... en su incierto paso y en su aspecto humilde y melancólico, se ven impresos los tristes caracteres de una nación vencida. La causa de la humanidad ha ganado ciertamente, pues hoy viven bajo un sistema mejor de legislación; gozan de una tranquilidad mayor y tienen una fe más pura; pero de nada de eso se aprovechan.<sup>19</sup>

En segundo lugar, cabe decir que Prescott se posesionó intelectualmente de raíces que le eran ajenas. Como americano (en el sentido continental de la palabra), más que como estadounidense, se sintió también heredero de la grandeza cultural del Nuevo Mundo, tan singular y distinta en su herencia autóctona con respecto a Europa. Podemos afirmar sin temor que este sentimiento de apoderamiento no ha abandonado a los habitantes del país vecino del Norte, quienes se sienten obligados, como Prescott no a cantar alabanzas del pasado ya ido, sino a desenterrarlo y a catalogarlo, como lo hacen hoy tantas sociedades arqueológicas y destacadas universidades estadounidenses.

No podemos dejar de mencionar el interés de Prescott, también de inspiración humboldtiana, por el medio ambiente, sobre todo en la actualidad en que se ha hecho tan necesario tocar ese tema. El versátil historiador se adelanta mucho a nuestro tiempo cuando habla de ecología y del gran proceso destructivo de nuestro entorno. Él culpa al hombre occidental de esta catástrofe, en la que ni el colono puritano ni el francés se salvan, al llevar a cabo una indiscriminada guerra contra los bosques y animales del continente americano. Así lo describe:

Por esta contracción de las aguas las florecientes ciudades y aldeas que ellas regaban han sido removidas algunas millas al interior, al mismo tiempo que una estéril extensión de tierra pálida por la incrustación de las sales ha sustituido a la voluptuosa vegetación que en otro tiempo esmaltaba a las orillas del lago, y a los umbrosos bosques de robles, cedros y sicómoros que dibujaban su ancha sombra en el seno de las aguas.<sup>20</sup>

Como apreciamos, el libro del estadounidense ofrece al lector mucho más que la simple descripción fáctica de la Conquista de México. Su percepción del mundo indígena hizo gran mella en el público estadounidense, que se quedó con una doble imagen: por un lado la del nativo civilizado y por otro la de un país resplandeciente y exuberante en riquezas. Asimismo, fue valorada por los mexicanos del siglo pasado, algunos de los cuales la elogiaron con entusiasmo. Prescott consideraba

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 29-30.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 274.

que, a pesar de sus vicios, la sociedad azteca había avanzado respecto de otros grupos del continente, exceptuando a los peruanos,<sup>21</sup> pero en general “había llegado a un término medio; de manera que era tan superior a las rudas razas del Nuevo Mundo, como inferior a las naciones cultas del antiguo”. Poco había hecho, sin embargo, en favor de la felicidad de sus súbditos y, pues, de la humanidad en conjunto. A pesar de la magnificencia de sus ciudades y de la valentía que mostraron algunos de sus hombres al enfrentar al invasor, “los aztecas eran una raza fiera y brutal, poco a propósito, desde cualquier punto de vista que se les considere, según concluye Prescott, para excitar nuestra simpatía y consideración”. El bostoniano completa el panorama de esta manera:

No sólo no mejoraron los aztecas la condición de sus vasallos, sino que moralmente hablando, hicieron mucho para empeorarla. ¿Cómo puede una nación donde se ofrecen sacrificios humanos y donde se combinan estos mismos sacrificios con los usos de caníbales progresar en el camino de la civilización? ¿Cómo pueden consultarse los intereses de la humanidad en un país donde el hombre y el bruto se consideran de la misma especie?<sup>22</sup>

### *El elemento español y la Conquista*

A diferencia del mundo indígena, en el que Prescott incursionó cuando empezó a interesarse en la historia de la Conquista, la historia española era un tema en el que el bostoniano había profundizado por más de una década. En su libro sobre Fernando e Isabel analizó detenidamente los elementos culturales, raciales y religiosos de España desde el siglo XIV, y en los restantes libros, los de las conquistas de México y Perú y, en los tres volúmenes que completó sobre Felipe II, llegó a especializarse hasta el siglo XVII. El interés por el mundo ibérico no fue privativo del gran escritor. Había viajeros, historiadores, literatos y artistas estadounidenses muy inclinados hacia España, a la que el profesor Severn Teackle Wallis definió en aquel entonces como “un noble y muy injuriado país”.<sup>23</sup> De 1840 a 1850 los estudios se realizaron principalmente en el seno de

<sup>21</sup> En el libro II (capítulos 3 y 4) de la *Historia de la Conquista de Perú*, Prescott lleva a cabo un estudio comparativo entre los aztecas y los incas. Allí manifiesta detalladamente el porqué de su preferencia y de sus simpatías por el pueblo de Tiaguantizuyo, cuya conquista a manos de Pizarro y la soldadesca española condena y critica.

<sup>22</sup> W. H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, p. 518.

<sup>23</sup> Citado en Stanley Williams, *La huella española en la literatura norteamericana*, 2 v., Madrid, Gredos, 1957, p. 95.

la Universidad de Harvard, sede de las reuniones de eruditos como Ticknor, Longfellow y el propio Prescott.

Al reseñar la historia de la Conquista, Prescott tuvo necesariamente que desplegar todo el cúmulo de sabiduría y conocimientos que poseía sobre España. Observó que, a principios del siglo XVI, esta nación era la más prominente en el teatro europeo. Lo que le produce mayor admiración al estadounidense es el carácter de sus hombres, seres valerosos y viriles en quienes se unía un espíritu de cruzada religiosa y un ideal moral como meta en su vida, a la vez que una sed de aventura y de apertura intelectual. A la par, Prescott tiene en alta estima sus instituciones políticas de raíz medieval, en las que observa un sentido altamente democrático. Contaba, además, con un sistema de leyes benéfico y una administración equitativa, lo que aseguraba la tranquilidad interna. Florecía el comercio y se desarrollaba el crédito público. Es ésta una imagen muy diferente de la que manejaba el resto de sus colegas, más influidos que él por la leyenda negra antihispánica.

Para un liberal estadounidense, esto no podía pasar inadvertido, pues eran condiciones necesarias para que se diera el progreso económico y cultural. Asimismo favorecían la expansión ultramarina que se dio por las condiciones materiales, pero también por el espíritu caballeresco y de empresa que animaba a los españoles a abrirse paso por el mundo. Para él la vida de estos hombres era “un romance puesto en acción”. Muy diferente resultaba la expansión azteca, animada solamente, a los ojos de Prescott, por un sangriento sentido bélico y por la ambición de riquezas así como de prisioneros, pero con nulo sentido de ampliar los beneficios del mundo civilizado. En cambio, el español peleaba bajo el estandarte de la cruz, para extender el cristianismo, y ésta era una causa buena, justa y acreditada para el bostoniano.

Prescott analiza la religión de los españoles con medida, y prefiere exaltarla como cristiano que condenarla como protestante.<sup>24</sup> Comparativamente hablando, y aun tomando en cuenta los excesos de la Inquisición y del “celo” religioso de los frailes, aspectos que el estadounidense rechaza pues prefiere el catolicismo al sistema de creencias de los aztecas. Incluso alaba el sincretismo religioso ocurrido en México y que,

<sup>24</sup> En una carta de Prescott a Alamán, fechada en Boston el 30 de marzo de 1846, el estadounidense se mofa de la confusión que ha despertado en sus críticos, que no acaban de adivinar su postura religiosa. He aquí un extracto de la cita: “Usted (Alamán) piensa que saboreo algo del ácido del antiguo puritanismo en mis reflexiones anti-católicas. Una revista católica de Dublín se refiere a ello y considera que, a juzgar por mis escritos, es dudoso saber si soy católico o protestante. Un diario católico de Baltimore me condena por defista...” Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a la familia Noriega de la ciudad de México por haberme permitido el acceso a su archivo, de donde pude transcribir esta carta.

en cambio, estuvo ausente en los Estados Unidos, donde la dogmática calvinista imposibilitó la fusión de elementos raciales, culturales y religiosos entre indios y blancos. Para Prescott el mestizaje sólo fue posible gracias al método espiritual defendido por el imperio español. Así entendió el autor la diferencia entre la evangelización católica y la protestante:

La religión católica romana, debe confesarse, tiene algunas ventajas decididas sobre la protestante para el fin de hacer prosélitos. La deslumbrante pompa de sus ceremonias, y su patética interpelación a la sensibilidad, afectan la imaginación del rudo hijo de la naturaleza más íntimamente que las frías abstracciones del protestantismo, que dirigiéndose sólo a la razón, exigen un grado de refinamiento y cultura mental en el auditorio para comprenderlos. Además el respeto mostrado por los católicos a la representación material de la divinidad facilita en gran manera el mismo objeto.<sup>25</sup>

El misionero protestante procura alumbrar el entendimiento del convertido con la pálida luz de la razón; el católico, más osado, deslumbra el espíritu con el esplendor del espectáculo y con la patética efigie del redentor agonizando; excita en sus oyentes una tempestad de sentimientos que ahoga cualquiera otro que pudiera llamarse reflexión. Sin embargo, ha asegurado a su convertido, apoderándose de sus afecciones, vínculo más cómodo y más poderoso para el ignorante salvaje que el de la razón.<sup>26</sup>

En los primeros párrafos de la *Historia de la Conquista de México*, Prescott anuncia el fin que persigue al escribir su obra, el cual es “narrar la historia de la conquista de esa preciosa porción del Nuevo Mundo, y la del hombre extraordinario que la consumió”. En la introducción de su trabajo sobre Perú, el estadounidense se muestra mucho más parco cuando informa de sus objetivos y, en efecto, su tercer libro, aunque brillante, no tiene el dramatismo del que narra la hazaña de Cortés y sus huestes. La pregunta que nos viene a la mente es ¿por qué Prescott decidió relatar un suceso que era parte de la historia de un país extranjero? Él era un aristócrata, un “patricio de Boston”, como Gardiner lo definió; era respetado en los altos círculos académicos de Harvard, frecuentaba a la gran sociedad de la Nueva y de la Vieja Inglaterra y además nunca viajó a España ni a México. ¿Por qué no se centró entonces en temas del pasado norteamericano según lo demandaban las exigencias nacionalistas y como lo hacían colegas y alumnos suyos como Bancroft y Parkman?

<sup>25</sup> W. H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, p. 132.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 166.

La respuesta a estas interrogantes nos la da él mismo. Lo animan motivos personales e intelectuales. Dice admirar el hecho histórico de la Conquista por considerarlo una portentosa hazaña humana por sí misma, llevada a cabo por un puñado de hombres, jóvenes en su mayoría, sin grandes recursos para la guerra, lo que le parece “demasiado extraordinario, enteramente improbable para las páginas de un romance, y sin embargo, verdadero”. El pequeño ejército de Cortés se componía de gente admirable, de seres intrépidos y valientes, que no conocían el terreno, no hablaban la lengua, no contaban con planos e instrumentos que les sirvieran de guía, y aun así ellos no se intimidaron sino que llegaron a dominar una nación poderosa. Prescott les da crédito a los aliados indígenas, sin los cuales no hubiera sido posible la Conquista, mas éstos son vistos como un instrumento divino para auxiliar a los españoles, pues la Providencia tenía planes para cambiar el curso de la historia sin que los autores del drama se percataran de ello. Este “suceso casi milagroso, digno de la fábula más extraordinaria, que no admite paralelo en las páginas de la historia”, era también para el bostoniano, y esto es lo verdaderamente importante, “el conflicto del europeo con el americano, del hombre civilizado con el salvaje, de la ciencia del uno con las toscas armas y disciplina militar del otro”.<sup>27</sup> Así se resuelve la interpretación prescottiana; con la Conquista triunfan los valores del bien y de la verdad. Es lo que Dios tenía escondido en sus designios el triunfo de occidente, del cristianismo, del progreso.

Prescott es sincero cuando admite su preferencia por los elementos traídos del Viejo Mundo al nuevo continente. Él se siente orgulloso de ser hijo de un país heredero de las fórmulas culturales y sociales de Europa. La diferencia de características entre el indio y el europeo es referida ampliamente por él en el libro que ahora nos ocupa:

El salvaje, errando en medio de dilatadas selvas, sin tener con qué cubrir su cabeza, ni con qué vestir su desnudez, no conoce otras necesidades que las del apetito animal, y cuando las ha satisfecho, cree haber correspondido al fin único de su existencia... Lejos de mirar atrás y de ajustarse servilmente a lo pasado, es característico al genio europeo procurar siempre adelantar. Los antiguos descubrimientos forman la base de los nuevos: pasa rápidamente de verdad en verdad, uniendo el todo por una sucesión de eslabones, a la gran cadena de la ciencia que ha de circuir y enlazar al universo. La luz del saber se comunica a las obras de arte; ábranse nuevos caminos para la comunicación de las personas y del pensamiento: invéntase nuevos arbitrios para la subsistencia; y se multiplican de una manera inconcebible las comodidades personales de todo

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 357.

género, hasta ponerlas al alcance del más pobre. En seguida el entendimiento se interna en una región más noble que la de los sentidos, y se hace que las artes satisfagan las demandas de un gusto elegante y de una mayor cultura moral.<sup>28</sup>

La lucha entablada entre estos dos elementos opuestos, entre las dos civilizaciones antagónicas, es referida por Prescott como una epopeya al estilo antiguo. El estadounidense, como romántico bardo, canta a lo que él llama “el combate de los griegos y persas renovado”. Pero no es fácil sostener la narración romántica, y por lo tanto idealizada, de un suceso histórico, y así lo sintió el propio autor. Entonces nos regala una descripción dramática en la que dos oponentes de extraordinaria capacidad se enfrentan, pero uno de ellos tiene que sucumbir violenta y cruelmente. Prescott lamenta la pérdida de vidas humanas, la catástrofe urbana y ecológica, el hambre y la desolación que siguieron a la Conquista. El proceso fue doloroso y desgarrador, pero también lo considera lícito y benéfico, pues con él se inicia el proceso de creación de la nación mexicana. Ahí donde Prescott vio la convergencia entre los dos mundos antagónicos es donde nosotros vemos la síntesis dialéctica de la interpretación prescottiana: “La luz de la civilización brillaría en el país; pero sería la de un fuego consumidor, que había de extinguir su gloria bárbarica, sus instituciones, su misma existencia y su nombre como nación. Se fijó su destino cuando el hombre blanco puso sus pies en su suelo.”<sup>29</sup>

Para Prescott, el proceso de conquista y colonización hispánico en México fue legítimo, pues se fundamentó en un proyecto político con bases legales aportadas por el genio de Cortés, quien a su vez hacía eco de la herencia medieval de las instituciones españolas. Cortés no mandaba sobre una turba de soldados sin escrúpulos sino que dirigía una comunidad civil. Así, “la invasión fue ejecutada bajo principios menos ofensivos a la humanidad que los que se observaron en la mayor parte y tal vez en todas las otras conquistas de la corona de Castilla en el Nuevo Mundo”.<sup>30</sup>

### *Cortés, el héroe de la historiografía prescottiana*

En efecto, Prescott vio en el conquistador y en su hazaña el ejemplo más claro de la racionalidad y perfección de la marcha de la historia: “La

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 64-65.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 162.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 519.

historia de la conquista de México termina con la rendición de la capital; pero está tan íntimamente enlazada con la del hombre extraordinario que la consumó que parecería trunca la narración, si no se continuase hasta el término de su carrera.”<sup>31</sup> Cortés era tan grande como su proeza misma; reunía para el historiador estadounidense todas las virtudes necesarias para ser alabado como el héroe de su relato. Prescott lo sitúa en su tiempo para poder comprenderlo, rasgo prehistoricista que percibimos en el trabajo del bostoniano; empero, el hombre que es descrito en las páginas de la *Historia de la Conquista de México* es también una personalidad creada a imagen y semejanza de su autor, quien lo dotó de los mejores atributos y valores de la ética protestante: frugalidad, humildad, espíritu de empresa, racionalidad y método, genio político y administrativo. A éstos podemos añadir el ser un espíritu frío y calculador, además de un hombre franco, impasible y compasivo.

En su más festivo humor —agrega Prescott— había mezclado un aire tranquilo de resolución que hacía sentir a los que se le acercaban que debían obedecerle, y que infundía una especie de temor reverencial aun en sus más afectos y más devotos partidarios. Tal combinación, en la cual estaba reunido el cariño con la autoridad, era notoriamente la más a propósito para inspirar una fuerte adhesión en los turbulentos y rudos espíritus con quienes iba a asociar su fortuna.

La descripción que hizo Prescott de Cortés es uno de los mejores ejemplos del romanticismo aplicado como recurso literario. Fue el medellinense un hombre de acción, un líder extraordinario, “de entendimiento claro y de voluntad firme”, un elocuente y genial estratega y un sincero cristiano. Su personalidad en ocasiones se confunde con la del escéptico y racionalista bostoniano.

La romántica lucha de contrarios opera entre Cortés y Moctezuma. Aunque hay otros juegos maniqueos como el de Cuauhtémoc —Cortés o Moctezuma— y Nezahualcóyotl, los dos primeros son los dos grandes opositores del drama prescottiano. Cortés se muestra agigantado, valeroso, justo, virtuoso, decidido, el héroe de la saga, en suma. Por el contrario, el monarca azteca es indeciso, pusilánime y débil de carácter. El español es el ejemplo de la grandeza humana; el indígena inspira lástima y desprecio. Este historiador estadounidense llevó a cabo en el siglo pasado una apología de Cortés que difícilmente ha sido igualada en la historiografía de entonces y de ahora.

Lo que más admiró Prescott del conquistador de México fue su

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 529.

amplio sentido político que, en su opinión, estaba por encima de las mundanas ambiciones humanas y de la búsqueda de la gloria personal. La decisión del joven soldado español de establecer legalmente una colonia, la de la Villa Rica de la Veracruz, en nombre de España y de los soberanos, “transformó el campamento en una comunidad civil... tal era la destreza de este hombre extraordinario”. Además, su comportamiento fue benigno con los vencidos, según el parecer de Prescott. Si el estadounidense exaltó la heroicidad de la resistencia indígena no fue tanto porque admirara las formas y artes que los aztecas practicaban en la guerra sino para enaltecer aun más la gloria de su Aquiles hispano, pues el general español debía tener un rival a su altura, un astuto y feroz enemigo, para que su victoria fuera contundente y digna de alabanza.

Prescott hace una crítica a Gómara por elogiar demasiado a Cortés sin la objetividad debida; pero el historiador bostoniano cae en el mismo defecto que el famoso capellán y exalta desmedidamente al sin par conquistador.<sup>32</sup> Para Prescott no existen defectos en el hombre que llevó a cabo la epopeya moderna en la que se conquistó un imperio con poco más de 400 personas, pues para lograr una hazaña de esa magnitud no se podía ser un despreciable bandido ni un ambicioso aventurero. Cortés logró consumar los hechos que la Providencia, a través de la Historia, tenía fijados de antemano y lo hizo no por rapacidad o crueldad sino persiguiendo los fines más gloriosos, señalados previamente por Dios para el bien de la humanidad. Lo anterior, repetimos, justifica todas las acciones de Cortés, “alma heroica”, según le llama su biógrafo estadounidense, quien asegura que “mucho se puede hacer para vindicar su conducta”. La defensa se le torna difícil a Prescott cuando debe referir, de manera objetiva e imparcial, si hemos de seguir los lineamientos de su propia metodología, el asesinato del joven y valiente Cuauhtémoc. Pero aun las acciones que aparentan ser malas y crueles, como la anterior, están predestinadas por Dios, cuya razón infinita supera el entendimiento de los hombres. Prescott, sin embargo, se esfuerza por descubrir la metahistoria y, aunque sabía que él no podía desenmarañar la teleología celestial ni redimir a Cortés en este punto, opta por explicar que el monarca fue ajusticiado por supuesta sedición, pero reconoce que la duda siempre existirá en torno de este hecho. Al historiador estadounidense se le facilitaba la comprensión de las accio-

<sup>32</sup> Así lo dice Prescott: “La historia de la conquista es necesariamente la del hombre que la ejecutó; pero Gómara ha hecho realzar tanto el carácter de su héroe, que ha oscurecido enteramente el de sus valientes compañeros de armas; y al paso que corre un velo sobre las debilidades de su favorito, pone mucho empeño en referir sus hazañas de la manera más brillante.” Citado en *Historia de la Conquista de México*, p. 425.

nes de aquellos personajes del siglo XVI si seguía la máxima de Voltaire de situarlos en su propio contexto.

Muy lejos estoy de disculpar los sanguinarios hechos de los conquistadores [quienes] pertenecían a una raza de hierro que aventuró vida y fortuna a la causa... mas para juzgarlos imparcialmente, no debemos considerarlos según las luces de nuestro siglo. Hemos de transportarnos al suyo y tomar el punto de vista ofrecido por la civilización de su tiempo. Sólo de este modo podremos ejercer una crítica imparcial al revisar las generaciones pasadas.<sup>33</sup>

De una cosa sí estaba seguro Prescott, y en ello modestamente creía interpretar los designios de la divinidad: que la marcha de la historia conducía irremediamente al progreso. En cierta forma, el norteamericano parecía apoyar una especie de “guerra santa”, un tipo de cruzada, pero ya no religiosa sino secular, pues aceptaba y defendía cualquier acción que favoreciera el avance material y espiritual de un pueblo. En su libro, comenta que “el derecho de conquista necesariamente importa el derecho de usar cuanta fuerza sea necesaria para superar la resistencia que se oponga al establecimiento de aquel derecho”.<sup>34</sup> Para Prescott, en el último de los casos, los sufrimientos padecidos por los indios fueron culpa suya, por su patriótico, aunque terco, entusiasmo.

Sirva su suerte —concluye— como una palpable prueba de que un gobierno que no está asentado sobre la base de las simpatías de sus súbditos no puede existir largo tiempo: de que las instituciones humanas no estando enlazadas con la prosperidad y el progreso, inevitablemente caen, si no ante la luz creciente de la civilización, bajo la mano de la violencia exterior o interior. ¿Y quién lamenta su caída?<sup>35</sup>

Como protestante, Prescott sabía que el éxito era una clara señal del beneplácito divino y en este caso los logros españoles eran evidentes. Por eso, midiendo los resultados, no le cabe duda de que el fin de la Providencia era que se efectuara la Conquista. Cuatro años después de la destrucción de Tenochtitlan se levantaba ya sobre sus ruinas una nueva ciudad, mucho más extraordinaria en magnificencia y poder, según lo aprecia el bostoniano. Se aprovecharon los recursos admirablemente y se insistió en poblar la capital y las ciudades aledañas. Se

<sup>33</sup> W. H. Prescott, *ibid.*, p. 238.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 519.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 521.

establecieron tribunales de comercio, se unieron puertos y ciudades por medio de caminos. El indio se integró al proceso civilizador anticipado por España y se congregó en sus propias aldeas, con sus magistrados y sus instituciones. Además, nota Prescott con mezcla de asombro y admiración que en la interrelación de las dos culturas no existió “una repugnancia natural por la diferencia de sangre y de raza”.

Por otra parte, se expandió el cristianismo, llevado por extraordinarios misioneros, particularmente los primeros franciscanos, a quienes el bostoniano define como “hombres de inmaculada pureza de costumbres”. La labor de estos hombres fue muy positiva: fundaron colegios, se dedicaron enteramente a la conversión y aprendieron los idiomas nativos. Así, el “sobrecargado” ceremonial azteca cedió su paso “al esplendoroso ritual romano”.<sup>36</sup> En suma, el autor de la *Historia de la Conquista de México* reconoce los elementos constitutivos de la nación mexicana que resultaron del sincretismo cultural, racial y religioso, lo mismo que en el plano alimenticio y en el costumbrista.

Hemos referido en este estudio los elementos que hacen a la obra de William Prescott un libro fundamental para el estudio de la historiografía mexicana. Debe destacarse que, a pesar de las repercusiones polémicas en torno de la vigencia del trabajo del bostoniano, indudablemente, la *Historia de la Conquista de México* sigue siendo hoy en día un libro histórico de consulta obligada para los especialistas en la interrelación de nuestra historiografía con la hispánica y la estadounidense.

<sup>36</sup> Alamán reconoce la imparcialidad de los elogios del historiador protestante que da crédito a los misioneros católicos y a los proyectos del sistema español en América. Véase su nota en la *Historia de la Conquista de México*, p. 547 (n).